

# OPERACIÓN PELUSA

SARA SÁNCHEZ BUENDÍA



edebé



# OPERACIÓN PELUSA



SARA SÁNCHEZ BUENDÍA

# OPERACIÓN PELUSA



**edebé**

© Sara Sánchez Buendía, 2019

© Ed. Cast: Edebé, 2019

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

*Directora de Publicaciones:* Reina Duarte

*Editora de Literatura Juvenil:* Elena Valencia

*Diseño de la colección:* Book & Look

*Fotografía de cubierta:* Shutterstock / Victoria Novak

Primera edición, febrero 2019

ISBN: 978-84-683-4110-1

Depósito legal: B.

Impreso en España

Printed in Spain

EGS – Rosario 2 – Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para Félix, Tristán y sus abuelos.*



## Índice

1. Vacaciones no, gracias .....	9
2. <i>Crack, clang, ough, splash</i> .....	12
3. La ambulancia.....	19
4. Un trato .....	23
5. Operación Pelusa .....	29
6. Trapos sucios.....	36
7. Nachos, tesoros y trastos.....	42
8. Bachata.....	46
9. Pelusa .....	52
10. Cuarteto de cuerda .....	60
11. Problema .....	67
12. Cojines .....	71
13. Perdiendo pie .....	78
14. Una advertencia .....	82
15. Dominó .....	86
16. Pasiones.....	92
17. Noche .....	99
18. Domingo .....	104
19. Demasiado tarde.....	107
20. Comisión.....	112
21. Mentiras y madres.....	116
22. Asteroides.....	121
23. En plan colegas .....	125
24. En la AP-7 .....	129

25. Benidorm.....	133
26. Conociendo a Fran .....	137
27. Cerca pero lejos.....	140
28. Arena y aire .....	145
29. La última sorpresa.....	151
30. Una pregunta para acabar.....	154

## *1. Vacaciones no, gracias*

Quedaban solo algunos días para las vacaciones de Semana Santa y yo tenía un problema.

Tenía un problema y solo quince años, que es una edad muy mala para resolver los problemas tal como a mí me habría gustado resolver ese, que era diciendo simplemente «no» y que eso hubiera servido para algo.

Resumiendo mucho, la cosa consistía en que mi madre había dicho que ya «me merecía tener por fin unas vacaciones como Dios manda». Y las vacaciones como Dios manda eran, según ella, irse una semana a pescar a un refugio de montaña, donde por no haber tal vez no habría ni conexión wifi. Supongo que tendría que dormir con calcetines para no morir por congelación y, quién sabe, tal vez comer lo que yo mismo fuera capaz de cazar una vez acabáramos las provisiones, porque allí no habría súper. O lo más probable, como yo no era capaz de cazar nada, es que debiera sobrevivir alimentándome de raíces e insectos hasta que los adultos tuvieran a bien coger el coche para conducir otra vez hasta casa y la civilización.

El caso es que todo ese exotismo tal vez habría tenido su gracia, o al menos habría sido soportable, si yo no supiera la verdadera razón que despertaba en

mi madre, tan de repente, ese interés por la vida en la naturaleza. Porque, no nos engañemos, a mi madre no le gustaba pescar.

No. Pescar le gustaba, y al parecer mucho, a Ricardo. Y a mi madre le gustaba (y al parecer mucho) Ricardo. O Cardo, como le llamaba yo mentalmente por esas cosas de la confianza.

Y claro, si hay que decir toda la verdad, era Cardo precisamente, y no la incomodidad, ni el frío, ni el aislamiento, lo que menos me encajaba a mí en aquel plan montañero. Cardo, con su aspecto de leñador bonachón, con sus camisas de cuadros y su barba, con sus ganas de confraternizar y sus saludos del estilo «Qué pasa, colega» dirigidos a mí. El problema era él.

«Qué pasa, Cardo», me quedaba siempre con ganas de contestar.

Y, de acuerdo, yo intuía que no era justo que Ricardo no me gustara.

Pero, siendo francos, me daba igual. Tal vez porque comprendía que en el fondo del fondo del fondo, me gustara o no, yo iba a acabar pescando. Supongo que en cosas como esa consiste en esencia tener quince años. Pero no podía evitar que me diera rabia, y eso hacía que me gustara aún menos. Y así llevaba las últimas semanas: *másrabia-menosganasdeir-másrabia-menosganasdeir-másrabia...* Tal vez no lo pareciera, pero era como caer en una especie de bucle que lo dejaba a uno muy muy cansado. Y mientras tanto, los días se iban sucediendo y las estúpidas vacaciones estaban cada vez más cerca.

Solo a ratos, hablando con Walter, conseguía olvi-

darme de todo, riéndonos de cualquier cosa. Walter es mi mejor amigo y, aunque yo le había explicado mi problema, él tiene solo catorce años (vamos al mismo curso, pero él los cumple en verano), y creo que debido a su edad aún está un poco verde para comprender la verdadera profundidad de cosas sutiles como aquella. A veces pienso que es una suerte tener un amigo así, tan como él. Tan ingenuo, tan alocado, tan feliz. Y otras... Bueno, otras veces Walter me pone de los nervios, porque demuestra una capacidad tan colosal para ponerlo todo patas arriba que sencillamente pienso que debería buscarme otro mejor amigo y pasar completamente de él.

Y eso que aún nunca me había metido en un lío tan salvaje como el que estaba a punto de provocar. Pero vayamos por partes.